

(Transcripción)

Rocca di Papa, 5 de octubre de 1978

Quien es el hermano en el Antiguo Testamento

Quisiéramos profundizar en la realidad de ese ser extraordinario que es el hombre, el hermano; quisiéramos desentrañar toda su riqueza, el plan de Dios sobre él en relación con cada uno de nosotros.

El Movimiento siempre ha tenido una enorme consideración del hermano, ya desde sus primeras manifestaciones, cuando se afirmaba con plena convicción que no podemos ir solos a Dios, sino que debemos ir a Él con los hermanos, ya que Dios es Padre de todos.

Primero, en el contacto personal con los pobres, sin excluir a los demás, y después, en el contacto con todos, comprendimos el enriquecimiento que el hermano supone para nuestra vida y cómo él ocupa en el Movimiento, después de Dios, con Dios y por Dios, el primer lugar.

(...)

El hombre en el Antiguo Testamento, imagen de Dios

Pero ¿quién es este hombre a cuyo encuentro hemos ido, y a cuyo encuentro queremos acudir? Tratemos de ver qué dice la Revelación, para comprender con mayor profundidad lo que el Espíritu Santo nos ha llevado a hacer y todavía nos impulsa a realizar.

Remontémonos al Génesis: "Dijo Dios: 'Hagamos al hombre a imagen nuestra, como semejanza nuestra. Y creó Dios el hombre a imagen suya..." (Gen.1,26-27). Este pasaje no indica tanto lo que es el hombre sino más bien lo que Dios desea hacer y hace; y por tanto, quién es el hombre según la intención creadora de Dios. La decisión de crear el hombre y la creación del hombre a su imagen están estrechamente unidas: prácticamente ambas dicen que el Creador se dispone a crear a alguien que tiene que ver con Él.

A diferencia de todos los demás seres y de los mismos animales, los cuales dice el Génesis que fueron creados "según sus especies" (Gen.1,2S), sólo el hombre fue creado "a imagen de Dios" (Gen.1,27). Por consiguiente, el hombre es el único ser que tiene una relación directa y personal con Dios: está frente a Él, es su correspondiente, es su "tu". Esta relación especial con Dios es constitutiva de su ser-hombre.

(...)

¡Esto es estupendo y es cierto! ¿Acaso no es el hombre el que "reclama" la existencia de Dios, transformándose así en su mayor testimonio? ¿No es el hombre quien siente en su corazón, a diferencia de todos los demás seres de la tierra, la llamada de algo, de alguien que lo trasciende, el anhelo a lo infinito y a lo inmortal?

¿No es quizá el hombre el que, al no encontrar solución a los innumerables problemas que el cosmos presenta, levanta la mirada en busca de Alguien que tiene que existir porque no puede no existir? Así ha sido hecho ese ser que se llama hombre, cuando es puro y sincero.

(...)

La criatura de Dios

Si bien con el tema de la imagen de Dios el Antiguo Testamento expresa la grandeza y la dignidad del hombre, sin embargo nos enseña sobre todo que el hombre es criatura: criatura de Dios.

Por consiguiente, en cuanto criatura, el hombre es, en el campo del ser, radicalmente distinto de su Creador y depende totalmente de Él.

(...)

Se ama a la criatura

En el Antiguo Testamento, el hombre además es una criatura que debe ser amada. Dios ordena en el Levítico: "No odies en tu corazón a tu hermano, pero corrige a tu prójimo, para que no te cargues con pecado por su causa. No te vengarás ni guardarás rencor contra los hijos de tu pueblo. Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor." (Lev.19, 17-18)

Y en otro párrafo: "Al forastero que reside junto a vosotros, le miraréis como a uno de vuestro pueblo y lo amarás como a ti mismo; porque forasteros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto."(Lev.19,34)

El culto y los profetas

Aunque Dios desea el culto y así lo ha establecido (cf. Levítico), cuando el pueblo judío creía que sólo con el culto satisfacía a Dios, el Señor enviaba a los profetas para llamarlo de nuevo a una conversión interior y ésta se concretaba en el amor al prójimo como testimonio del amor a Dios. De hecho, podemos observar que "cuando desaparece el temor de Dios de la relación entre hombre y hombre y se busca a Dios únicamente en el culto, se le está convirtiendo en una fuente impersonal de energía mágica con la que se puede mantener un trato casi comercial, rutinario y sin respeto"¹.

Al ver los profetas que a través de este culto se llegaba a una falsificación de la religión en su esencia, no tenían otra alternativa que rechazar radicalmente este culto², que suscita la indignación y el juicio de Dios:

"Detesto y desprecio vuestras fiestas, no me gusta el olor de vuestras reuniones solemnes. Si me ofrecéis, no me complazco en vuestras oblaciones... ¡Aparta de mi lado la multitud de mis canciones, no quiero oír la salmodia de tus arpas! ¡Que fluya, sí, el juicio como agua y la justicia como arroyo perenne!" (Am.5,21-24) "...que tiene pleito Yahvé con los habitantes de esta tierra, pues no hay ya fidelidad ni amor... sino perjurio y mentira, asesinato y robo, adulterio y violencia, sangre y más sangre. Por eso, la tierra estará de luto..." (Os.4,1-3).

"...Quiero amor, no sacrificio, conocimiento de Dios, mas que holocaustos". (Os.6,6). "Cuando extendéis las manos para orar, aparto mi vista. Aunque hagáis muchas oraciones, no las escucho... Aprended a hacer el bien, buscad la justicia, defended al oprimido; socorred al huérfano, defended a la viuda". (Is.1,15-17)

Esta polémica sobre el culto demostraba "que la medida de la exacta relación con Dios viene determinada por la recta relación con los demás hombres y que el verdadero servicio a Dios es siempre, al

¹ W. EICHRODT, *Theologie des Alten Testaments*, I, Gottingen 1968, p. 244.

² Cf ibid.

mismo tiempo y en primer lugar, servicio al hombre.³

En el fondo los profetas se lanzaron "contra una perversión que amenaza, a través de los siglos, a todo culto humano: el sacrificio, el culto y la plegaria conservan su sentido propio sólo hasta que a los hombres les interesa verdaderamente encontrar al Dios santo. Pero, si con ellos, con los sacrificios, el hombre quiere ponerse a seguro frente a Dios, entonces se convierten en blasfemias; el sacrificio se transforma en un medio de autojustificación, la celebración del culto en ocasión de una elevación meramente sentimental, y la plegaria en una charla sin sentido, vil o hipócrita"⁴.

El ayuno que agrada a Dios: el amor al prójimo

A Dios no le agrada ni siquiera la observancia del ayuno separada del amor al prójimo. "Clama a voz en grito, no te moderes; levanta tu voz como cuerno y denuncia a mi pueblo su rebeldía y a la casa de Jacob sus pecados... Mirad, ayunáis entre riñas y disputas, dando puñetazos sin piedad. No ayunéis de esta manera... ¿Es acaso ese el ayuno que el Señor desea cuando alguien decide mortificarse? Inclinaís la cabeza como un junco, y os acostáis sobre saco y ceniza, ¿a eso lo llamáis ayuno y día grato al Señor Yahvé? El ayuno que yo quiero es éste: que abras las prisiones injustas, que desates las correas del yugo, que dejes libres a los oprimidos, que acabes con todas las tiranías, que compartas tu pan con el hambriento, que albergues a los pobres sin techo; que proporciones vestido al desnudo y que no te desentiendas de tus semejantes. (...) Entonces clamarás y te responderá el Señor, pedirás auxilio y te dirá: 'Aquí estoy'..."(Is.58:7-9;cf.59, 1 s.).

Después de una crítica tan severa de los abusos cometidos en los días de ayuno (v.3-4), podríamos esperar que Isaías confirmara estos ritos en su santidad. En cambio sucede lo contrario (v.5): no el culto en sí mismo, sino estas prácticas rituales (mortificarse, doblegar la cabeza, usar saco y cenizas, etc.) son impugnadas radicalmente. El ayuno grato a Dios consiste en poner en lugar de acciones dirigidas a Dios, que son sólo externas, acciones dirigidas al hombre; en éstas el hombre se mortifica verdaderamente y le ofrece una especie de ayuno.

Entre las distintas acciones, a Dios le gusta particularmente una: desatar las cadenas, liberar de la opresión. La experiencia del exilio y de la esclavitud en Egipto y de su liberación posterior llevada a cabo por Dios conduce a Israel a una nueva apreciación de la libertad.

Las demás acciones indicadas por Isaías son las tradicionales de ayuda a los necesitados. Ante nuestra vista desfilan aquellos que socialmente son los más débiles: los desheredados, destrozados, esclavos, prisioneros, hambrientos, vagabundos, harapientos. Es un cuadro semejante al del juicio final (cf. Mt.25,35 s.). Dios invita a socorrerlos "y no abandonar a tus semejantes" (Is.58,7): literalmente sería: "no te escondas, no huyas (fingiendo que no ves, cf. Deut.22,1) a tu propia carne", es decir, a quien es de tu carne, que del contexto se puede interpretar como referido a todo hombre, no sólo al compatriota, como se entendía generalmente entre los hebreos (cf. Job.31,15).

Son preciosos estos versículos de Job: "Yo libraba al pobre que clamaba y al huérfano que no tenía valedor. La bendición del moribundo subía hacia mí, el corazón de la viuda yo alegraba. Era yo los ojos del ciego y del cojo los pies. Era el padre de los pobres, abogado del desconocido". (Job 29,12-13.15-16)

Si se realiza todo lo que llamamos "ayuno grato a Dios", entonces se realizarán las bendiciones.

³ N. FÜGLISTER, *Afferrati da Jahwè*, en J. Schreiner y otros, Palabra y Mensaje. Introducción teológica y crítica a los problemas del Antiguo Testamento, Bari 1970, p. 222.

⁴ O.KAISER, *Der Prophet Jesaja*, cc. 1-12, en *Das Alte Testament Deutsch*, t. 17, Göttingen 1963, p. 13.

El amor a los enemigos

Por último, en el Antiguo Testamento no faltan alusiones sobre el amor a los enemigos: "Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; así amontonarás sobre su cabeza brasas y Yahvé te recompensará" (Prov.25,21-22).

Conclusión.

El pueblo de Israel, por tanto, esperaba el Nuevo Testamento; ese Nuevo Testamento, que el Señor, en su inmensa bondad, ha querido esclarecernos también a través del Movimiento, subrayando ya desde los primeros días el amor al prójimo como auténtica y fundamental expresión del amor de Dios.

Chiara Lubich